



ADMINISTRACIÓN
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
 D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompert.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Collera

DON CARLOS CALDERON

POBRE Calderón! Vedle ya fuera del mundo de los vivos, pero en cambio deja tras de sí la estela refulgente de su gloria al noble partido en que militó, aunque llenando de amarga pena el corazón de sus numerosos amigos. Porque los tenía buenos y en todas partes: desde el egregio Príncipe a quien consagrara su fortuna, su porvenir y el peso de su potente espada, hasta sus compañeros de armas y sus amados voluntarios de los batallones 2.º de Navarra y Guías del Rey. Deja detrás de sí una envidiable memoria, porque valía tanto que hasta sus mismos contrarios le querían: venimos de sus funerales y allí hemos visto correr las lágrimas de sus íntimos, allí estaba también el que le hizo prisionero en buena lid en la cima del Montejurra, y hemos sabido también que hasta en el regio Alcázar de la Plaza de Oriente se han lamentado de la prematura muerte del sin par caballero, del lealísimo soldado de la legitimidad.

Y es que en Calderón todo atraía, hasta su figura era arrogante y simpática: alto, moreno, de grandes ojos negros, de fisonomía dulce y franca, sin por eso dejar de ser enérgica a las veces, era del tipo árabe más puro, descrito en las leyendas de la reconquista. De un corazón que no le cabía en el pecho, de una generosidad sin límites y de un valor rayano en la temeridad, ¿qué mucho que despertara cariño y afeciones por todas partes?

Parécenos aun verle al anochecer del 4 de Febrero de 1875, trepando por las abruptas cimas del Monte Esquinza, al frente del brillante batallón de Guías del Rey para completar la valiente embestida de Lácar. Allí cargó denodada y porfiadamente a la bayoneta cuantas veces lo creyó necesario, no retrocediendo sino ante los repetidos toques de retirada de los clarines carlistas. Y no era aquella, seguramente, la primera vez que con su entusiasmo arrastraba tras de sí los voluntarios: ya lo había hecho en Monreal, ya lo había hecho en Eraúl y en cien combates, porque sabido es que cuando faltaban municiones en el ejército carlista, la bayoneta era el recurso que se empleaba, rara vez sin éxito. ¿Y en Valabieta? Allí le vimos también, al par de Radica, cargar cinco veces a la cabeza del bravo 2.º de Navarra: allí le vimos perder su caballo y, rota la vencedora espada, subir cogido de la mano de sus fieles voluntarios, de cima en cima, de garganta en garganta, persiguiendo al enemigo.

Su postrer hecho de armas fué la defensa de Montejurra. Comandante en jefe de la línea atrincherada de Estella, la defendió no sólo tenazmente contra la división del General Primo de Rivera, fuerte de 30.000 hombres, sino que el primer día de combate rechazó al enemigo hasta Arellano, cogiéndole algunos cientos de prisioneros. Pero al día siguiente, abrumado por el número, y más que nada por haberle abandonado sus tropas, entregó Montejurra dejando tan bien puesto el honor de sus armas, que mereció ser felicitado por el General liberal, quien le devolvió la espada, conducta

noble que enaltece al General Primo de Rivera, como nos complacemos consignar.

La nostalgia de la paz no pudo, sin embargo, concluir con su genio emprendedor y activo. Se dedicó a empresas y a negocios, cruzó los mares, y en América, lo mismo que en Navarra y en Madrid, era siempre el franco amigo y el camarada de todos. Hasta el mismo Don Alfonso XII apreciaba en su justo valor y respetaba la consecuencia política y la caballerosa lealtad de Carlos Calderón.

La primera vez que le vimos en son de guerra, fué al regresar con la División de Navarra de limpiar de contrarios la frontera: iba al lado de su Coronel y hermano de armas Radica, precediales el malogrado General Ollo y seguiales Montoya. Ellos gozaban ya entonces de una envidiable historia carlista, nosotros íbamos a buscarla: ¡todos han muerto ya!

A aquellos hombres trajeron a nuestra memoria la prodigiosa organización de las bandas en aguerridos batallones, y los nombres de Azpeitia, Eraúl, Estella y Dicastillo. A partir de entonces, vinieron después Puente la Reina, Montejurra, Somorrostro, Urnieta, Lácar y cien victoriosos combates. En todos figuró Calderón, siempre en primera línea, siempre firme como en las trincheras de Somorrostro, siempre bravo y temerario como en Valabieta y Esquinza. Para hacer su biografía necesitaríamos relatar toda la guerra civil del Norte, y no es ese nuestro intento.

Le admiramos entonces y le lloramos hoy: la pena no nos deja lugar para las reflexiones, pues cuando se siente mucho se piensa poco. Triste y profundísimo dolor nos embarga cada vez que la muerte nos arrebatara un campeón de nuestra querida Bandera, y hoy, repetimos, sólo nos toca llorar la muerte del compañero, del valiente hermano de armas de Radica, del noble y esforzado paladín de la Causa simbolizada en el Augusto desterrado de Venecia.

Desapareciendo van todos aquellos que encarnaban en sí toda la historia carlista de estos últimos años; Ollo, Radica, **Valde Espina**, Castells, Montoya, Torres y por último Calderón!

¿Qué dirán hoy los que queden de su querido batallón 2.º de Navarra? Seguramente en los rincones de su hogar repetirán su nombre a todas horas, y sus hechos militares serán contados de padres a hijos, así como sus larguezas al costearles abrigos, vestuario y lo que es más, sus paternales cuidados para ahorrarse fatigas y privaciones, porque esto no se olvida nunca.

Y aquel batallón tenía fama entre los buenos. Le obedecía tan ciegamente como a Radica, porque todos tenían la profunda convicción de que ni uno ni otro habían de faltarles nunca. Y la tradición se conservó hasta el fin: a Radica sustituyó Calderón, a éste, Foronda, y a Foronda, Elfo, siguiendo todos tan bravamente las huellas del primero, que su último primer jefe, murió al frente del batallón en la última acción en que éste tomó parte, al lado ya de la frontera en Peña Plata.

Al echar en la balanza de la Causa su vida y su fortuna, arrastró Calderón consigo a su no menos ge-

nerosa, noble y caritativa madre doña Josefa Vazco, el ángel de los hospitales carlistas. También nos cupo la honra de ver á la ilustre Señora animando y curando por sí misma á los heridos del Batallón de su hijo en Irache y Santurce.

¡Pobre Calderón! Ni los reveses le abatían, ni los triunfos alcanzados por el empuje de su espada le ensoberbecieron jamás. Modesto y asequible siempre, vivía en medio de sus voluntarios como uno de tantos. Su antiguo Coronel, el intrépido Radica, de carácter circunspecto, en contraposición del franco y abierto de Calderón, llegó á unirse con él en términos de creerse que eran dos cuerpos y un alma. Juntos se alojaban, juntos combatían y hasta juntos pensaban.

La faja del Brigadier Vazco, tío de Calderón, fué regalada por éste al valiente caudillo navarro, y en cambio luego hemos visto siempre figurar en el despacho de Calderón el ensangrentado casco de granada que acabó con la vida de su primer Coronel y hermano.

Nuestros habituales lectores de EL ESTANDARTE REAL nos perdonarán que la incoherencia del correr de nuestra pluma no sea la que acostumbramos cuando animados por nuestros recuerdos de otros días relatamos los hechos de la pasada guerra. Entonces nuestro espíritu está sereno y hoy está atribulado por el profundo dolor que nos embarga. Hoy sólo tenemos lágrimas para llorar la muerte de nuestro queridísimo amigo Calderón, y en nuestros labios, plegarias para que el Dios de las misericordias conceda eterna paz al valiente y esforzado compañero de armas de mejores días. Unámonos todos los buenos carlistas, y al encomendar á Dios al bravo General, pidámosle también por cuantos le precedieron en la gloria.

Madrid, 18 de Noviembre de 1891.

ANTONIO BREA.

ACCION DE PEÑAPLATA

TAN celebrada como reñida fué esta acción, que hasta dió lugar á que el Gobierno liberal crease un nuevo título de Castilla; pero sin pretender menoscabar en lo más mínimo el indiscutible mérito contraído con su valor por las tropas liberales en tan sangriento combate, deber nuestro es recordar aquí algunos detalles que honran sobremanera nuestra historia.

La enorme cifra que alcanzó el ejército liberal, su excesiva superioridad numérica sobre el carlista, favoreció en gran modo (aparte de otras circunstancias no muy aclaradas todavía) el atrevido paso del general Martínez Campos desde Pamplona por Alzuza, Elcano, Zay, Zubiri, Saigos y el puerto de Engui á Elizondo y Dancharinea; penosa marcha llevada á cabo por fuera de camino y por en medio de frondosos bosques, mientras, para llamar la atención de los carlistas por otro lado, simulaban enérgicos ataques sobre Santa Bárbara de Oteiza, Montejurra, Lorca, Cirauqui, Artaza y Santa Bárbara de Mañeru, los generales Primo de Rivera, Jaquetot y Arias.

Una vez en el Baztán, el general Martínez Campos, aunque recibió por Francia cuantos auxilios y recursos pudo necesitar, atravesó por varios días una situación harto crítica que pudo tener fatal desenlace, si el general Pérula se hubiera lanzado oportunamente sobre él; pero los días fueron pasando y con ellos el temporal de nieves que detuvo á Campos por algunos días, y el 17 de Febrero emprendió de nuevo las operaciones para darse la mano con el general Moriones que operaba por la parte de Guipúzcoa.

Las fuerzas carlistas que ocupaban la línea de Peñaplata eran el Batallón 3.º de Castilla, al mando del coronel Atienza, con dos piezas de montaña; y la segunda media brigada de la División de Navarra, compuesta de los Batallones 2.º y 7.º, dirigida por el distinguido coronel Foronda, que se cubrió de gloria en esta memorable jornada, y que apenas comprendió que el enemigo se decidía á continuar su avance á Vera, dió aviso de la proximidad del ataque al general Pérula, que se encontraba con cuatro Batallones en Santestéban y otros dos más en las inmediaciones. El general Martínez Campos, en cambio, contaba con todo el primer cuerpo del ejército de la derecha, á las órdenes del general Blanco, y seis Batallones de la División de la reserva, mandados por el general Prendergast, formando un total de 22 Batallones con la artillería y caballería correspondientes.

Roto el fuego el mismo día 17, lanzáronse algunas compañías de navarros sobre las fuerzas liberales que ocupaban el alto de Auzcue, apoderándose de esta posición tras rudo y sangriento combate al arma blanca, cogiendo al enemigo 137 fusiles Remington y 14 prisioneros, causándole numerosas y sensibles bajas, entre ellas, la del joven oficial de Estado Mayor Sr. Bollo, conteniendo con esto á las tropas de Blanco, y quedando los carlistas en esta forma: el 3.º de Castilla con las piezas de montaña en el centro, el 7.º de Navarra á la derecha, y el coronel Foronda con el segundo en la izquierda, por la parte más accesible, al pie de Peñaplata.

Reanudado el ataque el día 18, amagaron los liberales al 7.º de Navarra, que con sin igual valor sostuvo el fuego por espacio de una hora, hasta que, contramarchando de pronto el enemigo, ocupó las tres Mugas y el alto del Centinela para estrellarse en Peñaplata, cuya posición atacó desesperadamente durante doce horas sin conseguir romper la línea, pues en cuantas ocasiones llegaron los soldados liberales cerca de los carlistas con la esperanza de coronar en breve nuestros puestos, otras tantas veces eran denodadamente rechazados por nuestros infatigables voluntarios, cuyo heroísmo rayó aquel día, como siempre, á tal altura, que habiendo cesado el fuego al anoecer, pasó la frontera un general francés para abrazar y felicitar al bravo coronel Foronda, admirado, tanto de la intrepidez de nuestros infantes, como de la serenidad de nuestros artilleros que, á pecho descubierto, contribuyeron eficazmente con sus certeros disparos, á contener el empuje del enemigo.

«¡Bien, coronel, jamás he visto cosa igual!» decía

el general francés a D. Tomás Foronda; este, dirigiéndose á sus voluntarios que ya habían quemado hasta el último cartucho, les preguntó: «¿Estáis dispuestos á morir aquí antes que dejar pasar al enemigo?» y un grito unánime de ¡viva el Rey, viva nuestro coronel! fué la elocuente respuesta de aquellos héroes.

Entre los liberales, distinguióse también por su brillante comportamiento, el batallón cazadores de Cataluña, que al ser rechazado por tercera vez á la bayoneta y á pesar de haberle mandado retirar el general Martínez Campos, desplegó la bandera, y con ella y su teniente coronel Sr. Gasco á la cabeza, subió por cuarta vez hasta las posiciones carlistas.

Entre tanto, las municiones y los socorros pedidos al general Pérula, no llegaban; para cubrir las bajas, sólo pudo disponer Foronda de una compañía de alaveses que le envió el brigadier Junquera, la cual, al ir á reforzar la posición ocupada por la artillería, se vió recibida á tiros por los liberales, pues éstos habían logrado apoderarse de ella aprovechando la retirada del 3.º de Castilla y las dos piezas, movimiento ordenado por el general Pérula, según se supo después.

Entonces, cortada ya la línea carlista y dominadas por completo por el enemigo las posiciones que ocupaban los Batallones 2.º y 7.º de Navarra, del mando del coronel Foronda, ordenó éste un cambio de posi-



El Marqués de Tamarit

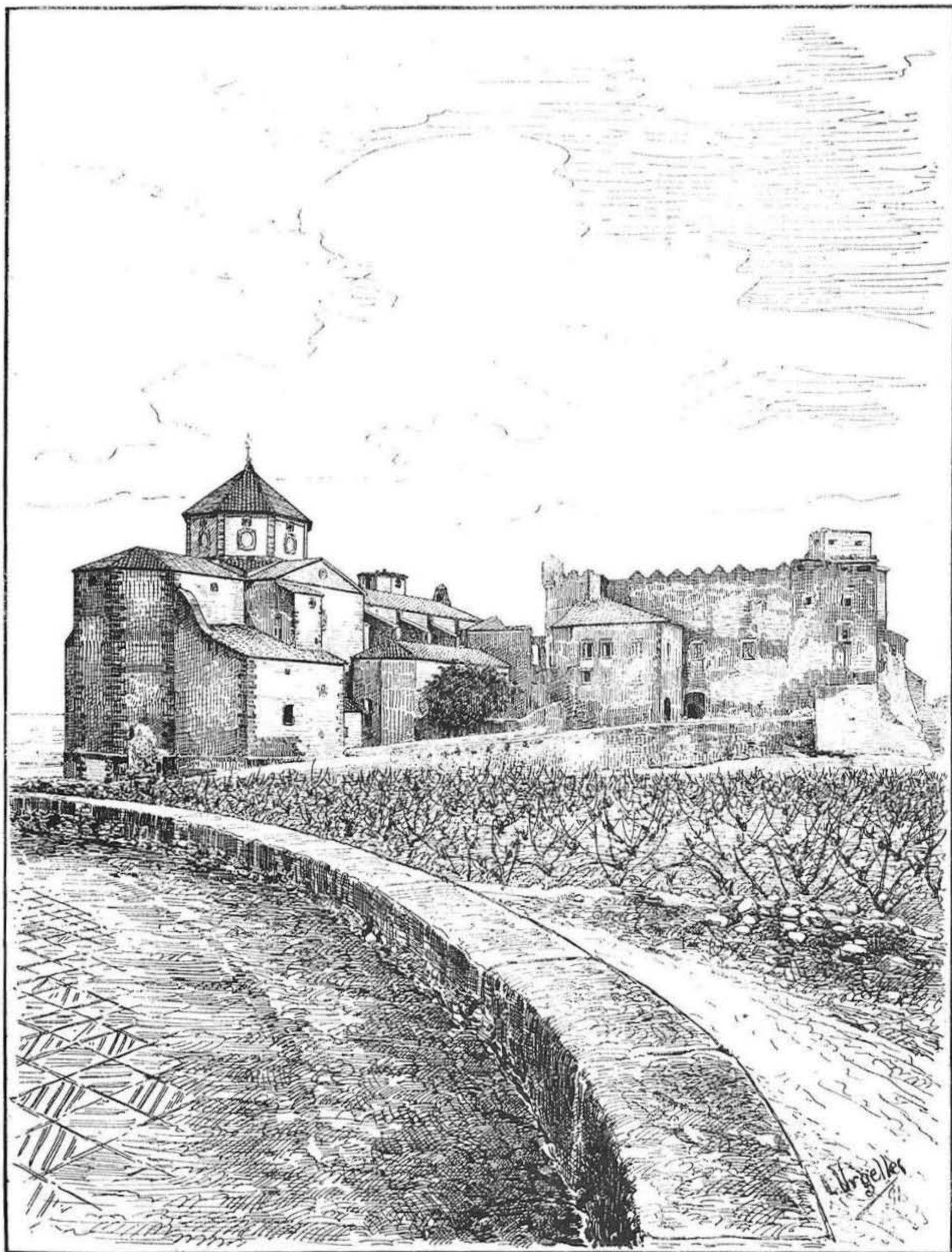
ción, trasladándose con dichas fuerzas á la altura de las Palomeras, para seguir disputando con ventaja el paso á los batallones de Blanco.

Al amanecer del día 19 llegó á la línea carlista el brigadier Larumbe con algunas municiones de boca y guerra que había logrado coger á la retaguardia del general Martínez Campos; esto hizo renacer las esperanzas de rechazar por completo al enemigo dando tiempo á la llegada de Pérula con sus batallones; pero Pérula no llegó tampoco este día, y en cambio, los liberales reanudaron briosamente el asalto de las posiciones carlistas; pero con igual denuedo les hicieron frente los estos, conteniendo su avance unas veces con las balas y otras con las bayonetas, hasta que después de siete horas de porfiada lucha, herido el brigadier Larumbe, muertos á la cabeza de sus Batallones los teniente coroneles Elío (D. Javier) y Angosto,

perdidos más de 200 hombres en la pelea, y agotadas las municiones, recibió el coronel Foronda la orden terminante de retirarse porque *todos los sacrificios eran ya inútiles*, y se retiró, pero ordenadamente, dominando al fin el enemigo nuestras posiciones después de tres días de constante pelea y dejando cubierto de cadáveres el campo de batalla.

EL MARQUÉS DE TAMARIT

DON José de Montserrat, de Suelves y de Montagut, Marqués de Tamarit, Barón de Altafulla, Vizconde de Montserrat, Señor de las Casas de Suelves y de Ríu, nació en Tortosa el año de 1850.



Altafulla (Tarragona).—Vista general del castillo de Montserrat, propiedad del Sr. Marqués de Tamarit.

La antigua Casa de Tamarit es una de las más ilustres y poderosas de España; el primer Señor de Suelves era escudero del Rey D. Rodrigo; un Montserrat asistió á la batalla de Lepanto, mandando una de las

galeras aragonesas cuya bandera se conserva en la iglesia del castillo de Tamarit; otro asistió á la batalla de Pavía y dió la guardia al Rey Francisco I, quien en recuerdo le regaló un curioso arcabuz que aún se

conserva en el castillo de Montserrat; el primer Marqués de Tamarit sostuvo durante un año todo el ejército de Cataluña en el reinado de Carlos II; se encuentran bajo el patronato de esta ilustre Casa nobiliaria más de veinte iglesias, y patentiza los muchos y valiosos servicios que ha prestado á la religión, una bula de Clemente VII, por la cual se conceden á los marqueses de Tamarit los mayores privilegios que puede disfrutar un particular. El abuelo del actual marqués, D. Antonio de Suelves, era teniente coronel de la Guardia Real y salvó la bandera de su regimiento en la batalla de Talavera de la Reina; más tarde cayó prisionero en Zaragoza, y su familia enlazó con la no menos ilustre de la condesa de Bureta, casando el primogénito de esta heroína con la hermana del citado Señor de Suelves.

Leal esta familia á nuestras gloriosas tradiciones, el anterior marqués fué consejero de Carlos VII, y cortesano de la desgracia, acompañábale el actual al bautizo de la Infanta Doña Blanca; y aún no se habían separado de los augustos proscriptos, cuando les sorprendió la revolución de Septiembre, con cuyo motivo el joven Señor de Suelves púsose desde luego incondicionalmente al servicio de Carlos VII, presintiendo los azarosos días por que había de atravesar la Patria; y el Duque de Madrid premió su decisión y entusiasta lealtad agraciándole con el empleo de alférez de caballería y nombrándole su oficial de órdenes, cuyo puesto de confianza tuvo la suerte de ocupar antes que ningún otro de los muchos jóvenes distinguidos que, como el difunto Duque de Medinaceli, los Marqueses de Vallecerrato y de Bondad Real, **D. José de Orbe (actual Marqués de Valde-Espina)**, D. Jaime Silva (hoy Duque de Lécerca) y otros tantos más que deseando acrisolar sus timbres de nobleza, figuraron en el brillante Estado Mayor de Carlos VII, durante aquella inolvidable época de constante lucha y en los benditos tiempos de campaña.

Desde 1868 hasta la guerra, el Señor de Suelves acompañó siempre al Duque de Madrid, trabajando incesantemente en la Secretaría de este Augusto Señor á las inmediatas órdenes de los generales Elío, Cevallos é Iparraguirre; desempeñó comisiones de confianza y de peligro, viendo recompensados por esta época su celo y actividad con el empleo de teniente y la cruz de 1.^a clase del Mérito Militar, destinada á premiar servicios especiales.

Durante la campaña siguió prestando el servicio de oficial de órdenes de Carlos VII, tomando á su lado parte en todas las operaciones de importancia del ejército del Norte, distinguiéndose más particularmente en la campaña de Somorrostro, con cuya medalla honra su pecho y por cuyas jornadas obtuvo una cruz roja de 1.^a clase del Mérito Militar; en los sitios de Hernani, Irún y Guetaria, y en la acción de Monte San Juan, por la que obtuvo otra cruz roja del Mérito Militar. Fué comisionado por Carlos VII para acompañar á Doña Margarita en su primera entrada en España, y nombrado capitán á mediados de 1874, ganó el empleo de comandante en la batalla de Lácar; fué

agraciado con la medalla de Carlos VII, y siguiendo al lado de éste todas las vicisitudes de la guerra, tuvo la honra de acompañarle al pasar la frontera, con cuyo motivo ascendió á teniente coronel por gracia general.

Prestando siempre el servicio de oficial de órdenes de Don Carlos, le acompañó en sus viajes por Inglaterra, Méjico, los Estados Unidos y Canadá, siendo agraciado por este tiempo con la encomienda de número de la Real y distinguida Orden de Carlos III.

Asistió también á las órdenes de Carlos VII á toda la guerra de Oriente, distinguiéndose en el paso del Danubio, con cuya medalla fué condecorado; estuvo en las tres batallas de Plewna, en la primera de las cuales cargó al lado de Don Carlos al frente del regimiento núm. 34 de Cosacos, ganando ambos así la medalla de oro del Valor Militar; y en el ataque del gran reducto de Grivitza se batió Tamarit con tal denuesto, que se hizo mención de su arrojo en la orden general del ejército, y Carlos VII le concedió el empleo de coronel.

Después de la guerra de Oriente, siguió largo tiempo el Marqués de Tamarit al lado de Don Carlos, por quien fué agraciado con la gran cruz de Carlos III al casar en 1885 con Doña María de Goyeneche y de la Puente, hija mayor de los Excmos. Sres. Marqueses de Villafuerte.

Cuando la boda de Doña Blanca, fué designado para prestar el servicio de gentil-hombre de Cámara, con ejercicio y servidumbre; en las elecciones últimas presentóse candidato por el distrito de Roquetas, perdiendo la elección por las coacciones de los liberales y por la poca práctica de nuestras fuerzas en las luchas electorales.

En la actualidad, el Marqués de Tamarit vive alternativamente en Paris y en Altafulla, en su histórico castillo de Montserrat, próximo á aquel otro castillo de Tamarit que tan importante papel jugó en la Edad media, conquistado á los moros por D. Guillermo de Montserrat, Gran Maestro de la Orden de Malta, para ser desde el siglo XI una de nuestras mejores fortalezas, y cuyos arruinados muros guardan la tumba de los primeros Señores de Tamarit. Amante de nuestras venerandas tradiciones y digno representante de nuestra antigua nobleza, consagra todos sus desvelos á la defensa de nuestros ideales; es presidente honorario de todos los círculos de la provincia de Tarragona; su nombre y su influencia pesan siempre en todas las manifestaciones de nuestro partido; y querido y respetado tanto por sus amigos y paisanos, como por todos nuestros correligionarios y hasta por nuestros enemigos; su acrisolada lealtad á la familia Real proscripta; su entusiasmo por nuestra Causa y sus importantes servicios, le hacen figurar en primera línea, no sólo entre los jefes carlistas civiles y militares de Cataluña, sino también entre los más conspicuos personajes de la Comunión Católico-Monárquica de España.

R. B.



NOTAS HISTÓRICAS

PRETENSIÓN constante de nuestros enemigos, sobre todo de los más sobrados de espíritu sectario que de conocimientos históricos, es y ha sido siempre hacer todo lo posible por desacreditar nuestras armas, presentando á nuestras fuerzas en vergonzosa derrota la inmensa mayoría de las veces que han tenido ocasión de hacer frente á las tropas liberales.

Los militares contrarios, los que se han batido con nuestros voluntarios y los que han tenido que conocerles no por lo que oían hablar de ellos en cómodas habitaciones ó espléndidos círculos, bien alejados del campo de batalla, sino por la propia experiencia que adquirirían en medio de las balas, tanto en el Norte como en Cataluña y el Maestrazgo; esos, justo es confesarlo, rara ha sido la ocasión en que no han hecho justicia al heroísmo de los nuestros, aún á trueque, muchas veces, de afrontar críticas tan faltas de sentido común como de hidalguía, atentos, más que á pasión alguna, á la caballerosa conducta que inspira siempre la honra de vestir un uniforme militar y ceñir una espada.

Pero aquellos otros de nuestros contrarios que se limitaban á hacer el papel del capitán Araña, embarcando á los soldados en la guerra para despedirles desde las puertas de las poblaciones que juzgaban más seguras de nuestros ataques, sin perjuicio de mezclarse con ellos en la hora del triunfo para participar del botín de las recompensas, esos y más especialmente la prensa periódica (salvo honrosas excepciones) siempre se han distinguido por sus desvelos en disminuir la importancia moral y material de nuestras tropas, presentándolas en completa derrota y dispersión en los más de los combates y procurando rebajar hasta el valor personal de nuestros hombres, sin fijarse en que sus tiros podían herir el honor de sus propias banderas, porque si efectivamente hubieran valido tan poca cosa nuestros tan valientes cuanto sufridos voluntarios, á más bajo nivel podría haber quedado todavía la moral de sus defensores si para vencer unas bandas cobardes necesitaban siete años de pelea en la primera guerra, dos en la segunda y cuatro en la tercera, á pesar de contar desde un principio con cuerpos regulares, mandados por entendidos jefes y oficiales, y disponiendo de todos los parques, fábricas, plazas y academias militares de la nación, así como de todos los inagotables recursos de un Gobierno constituido, á más de las legiones extranjeras, cuando sus propias fuerzas no se consideraran suficientes para contener el victorioso empuje de nuestras armas.

Esta conducta de muchos liberales la consideramos, á más de injusta, antipolítica; porque así como la generosidad del vencedor promueve, con la ayuda del tiempo, el olvido de pasadas discordias, así también el abuso del derecho de la fuerza ó del poder sólo puede promover el deseo de reparar los atropellos morales y materiales, eternizando las contiendas, y con la historia en la mano podemos probar que en tales circunstancias ha ocurrido siempre que allí donde caía un

hombre se presentaban cien más dispuestos á ocupar su honroso puesto de sacrificio y de batalla.

Hoy, según parece, no es día de pelear en campo abierto; puede ser que vuelva esa época, y si fuera necesario, creemos que reverdecían muchos laureles pasados, ó que, por lo menos, no faltarían ánimos esforzados siempre dispuestos á sucumbir con gloria; pero dentro de los límites que marcan los temperamentos pacíficos que imperan en la actualidad, justo es que rechacemos uno por uno todos los erróneos conceptos que da á los vientos de la zarandeada opinión pública, el inconsiderado celo de muchos de nuestros adversarios, respondiendo al efecto y poco á poco, á sus principales ataques.

Por hoy nos fijaremos únicamente en el de nuestras tan decantadas derrotas, llamando en cambio la atención de nuestros lectores sobre las siguientes relaciones, tanto de los principales hechos de armas que nos han sido favorables, como de los cañones cogidos á los liberales en la pasada guerra.

Verdad es que el resultado definitivo nos ha sido adverso; pero también es cierto que la primera guerra concluyó por la traición de un convenio, que si cubrió de vergüenza á los jefes carlistas que lo trataron, no por eso disminuyó el valor intrínseco de nuestras tropas, puesto que aquello no fué, militarmente considerado, una derrota, sino una transacción que igualaba la importancia de ambos ejércitos, toda vez que para en adelante se consignaron idénticos derechos para ambos beligerantes y se reconocieron todos los empleos, grados, honores y condecoraciones que hasta entonces habían obtenido los militares carlistas. En cuanto á la segunda guerra, justo es recordar que tuvo lugar en los momentos mismos en que la revolución cosmopolita hacía vacilar todos los tronos de Europa, y, además, sabido es que para pacificar Cataluña acudieron los liberales más al soborno de algunos jefes carlistas que á la victoria en noble lid, esto lo confiesa el mismo General segundo Marqués de Mendigorria en su obra *Mis Memorias íntimas*, y en la historia consta que se acabó precisamente la guerra cuando algunos de nuestros propios jefes se revolvieron contra sus antiguos compañeros. En fin, de la tercera guerra dirá llegará en que al escribir su verdadera historia podamos juzgar con exacto conocimiento de causa muchos de sus episodios, pero entre tanto podemos consignar aquí que no hubo derrota, propiamente dicha, sino una disolución de nuestras fuerzas, debida á la falta de recursos, á las rivalidades de algunos jefes, á la sospechosa conducta de otros y á la proporción de uno contra diez en que tenían que batirse últimamente nuestros heroicos voluntarios.

He aquí las relaciones á que nos referíamos antes y que exponemos á la consideración de las personas imparciales:

VICTORIAS CARLISTAS

1833

1. Amurrio, ganada por D. Simón de la Torre.
2. Guernica, perdida por el Barón del Solar de Espinosa.



Peñas, Tritany, S. Carlos, San Juan de Leri, S. Carlos de Ipanaqui, San Juan de Leri.

Don Carlos de Borbón y su Estado Mayor.

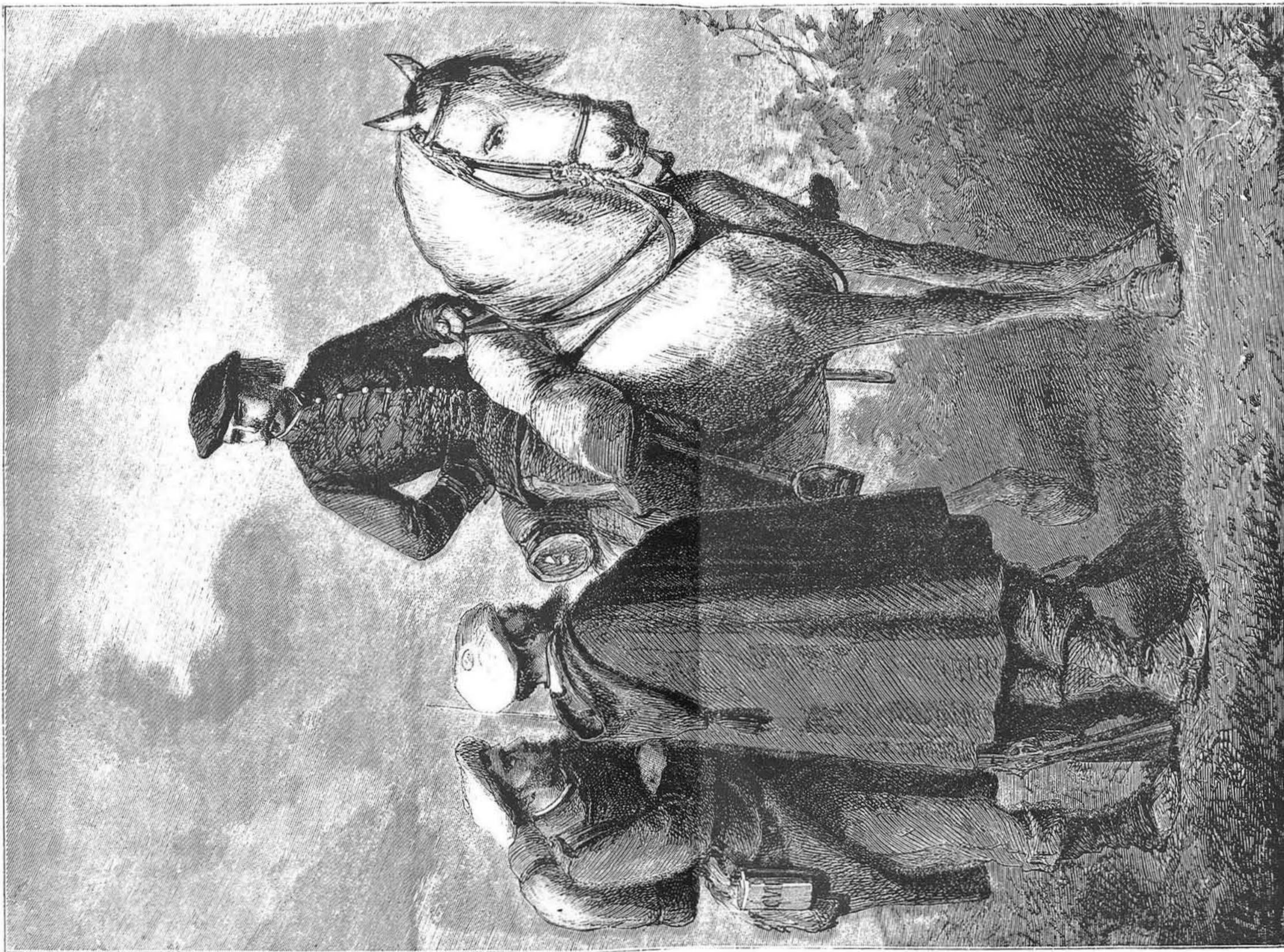
1834

3. Eraúl, ganada por Zumalacárregui al general Figueras.

4. Peñas de San Fausto, ganada por Zumalacárregui al Barón de Carondelet.

5. Viana, ganada por Zumalacárregui al General Figueras.

EL ESTANDARTE REAL



TIPOS DE VOLUNTARIOS CARLISTAS, CUADRO DE R. BALACA.



Don Carlos Calderón y su Estado-Mayor.

- | | |
|--|---|
| <p>6. Vergara, ganada por el Brigadier Guibelalde.
 7. Alegría, ganada por Zumalacárregui al General O'Doyle.
 8. Alegría (segunda acción), ganada por Zumalacárregui á los Generales Osma y Figueras.
 9. Arquijas, ganada por Zumalacárregui á los Generales Oráa y Córdoba.</p> | <p>10. Castejoncillo, ganada por Cabrera al Conde de Mirasol.
 11. Cruz de la Saboya, ganada por Cabrera.
 12. Ariño, ganada por Cabrera.</p> |
|--|---|

1835

13. Celandieta, ganada por Zumalacárregui á los

- Generales Jáuregui, Carratalá, Espartero y Lorenzo.
14. Arquijas, ganada por Zumalacárregui al General Lorenzo.
 15. Artaza, ganada por Zumalacárregui al General Valdés.
 16. Guernica, ganada por el Brigadier Sarasa al General Iriarte.
 17. Treviño, ganada por Zumalacárregui.
 18. Descarga, ganada por el General Eraso al General Espartero.
 19. Torregalindo, ganada por Zumalacárregui al General Hoyos, muriendo éste en la acción.
 20. Arrigorriaga, ganada por Maroto al General Espartero.
 21. Guevara, ganada por el Conde de Casa-Eguía al General Córdoba.
 22. Orgañá, ganada por el General Guergué al General Sebastián.
 23. Prat de Compte, ganada por Cabrera al General Aspiroz.
 24. Yesa, ganada por Cabrera al Brigadier Jácome.
 25. Alcanar, ganada por Cabrera.

1836

26. Guetaria, ganada por el Conde de Casa-Eguía.
27. Arlabán (17 de Enero), ganada por el Conde de Casa-Eguía al General Córdoba.
28. Lequeitio, ganada por el Conde de Casa-Eguía.
29. Orrantia, ganada por el Conde de Casa-Eguía al General Ezpeleta.
30. Fuenterrabía, ganada por el Brigadier Guibelalde á Lacy Ewans.
31. Valle de Mena, ganada por el General Villarreal al General Clavería.
32. Puente de Alcance, ganada por Cabrera.
33. Torrecilla, ganada por Cabrera.
34. Bañón, ganada por el Brigadier Quilez al General Valdés (D. Francisco).
35. Caspe, ganada por el General Llagostera.
36. Alcublas, ganada por el General Llagostera al Coronel Buil.
37. Rivero y Villasante, ganada por el General Gómez al General Tello.
38. Puente de Soto, ganada por el Marqués de Bóveda al General Pardiñas.
39. Castrejana (28 de Noviembre).
40. Puente de Tarna, ganada por el General Gómez al General Espartero.
41. Palencia, ganada por el General Gómez al General Rivero.
42. Vertadillo, ganada por el General Gómez al Brigadier Puig Samper.
43. Bujalaró, ganada por el General Gómez al Brigadier D. Narciso López, quedando éste prisionero.
44. Baena, ganada por el General Gómez al General Escalante.
45. Almadén, ganada por el General Gómez y quedando prisioneros los Brigadieres Flinter y Puente.

46. Guadalupe, ganada por el General Gómez.
47. Maranchón, ganada por el General D. Basilio Antonio García.

1837

48. Huesca, ganada por la expedición real al General Iribarren, quedando éste herido y muerto el Brigadier D. Diego de León.
49. Barbastro, ganada por la expedición real al Brigadier Conrad, muriendo éste en la acción.
50. Herrera, ganada por la expedición real al General Bueréns.
51. Cembrana, ganada por el General Zaratiegui al General Zurbano y al Vizconde das Antas.
52. Puente de Aranda, ganada por el General Zaratiegui al General Lorenzo.
53. Ganada por el Infante D. Sebastián á Lacy Ewans.
54. Panadella, ganada por Tristany al Coronel Oliver.
55. Biosca, ganada por Tristany al Coronel Numbó, muriendo éste en la acción.
56. Cherta, ganada por Cabrera al General Borso di Carminati.
57. Siete Aguas, ganada por Cabrera al Coronel Crehuet, quedando éste prisionero.
58. Plá del Pau, ganada por Cabrera.
59. Andoain, ganada por el General Uranga al general O'donell.
60. Ridaura, ganada por el General Urbiztondo al Barón de Meer.
61. Rialp, ganada por el General Urbiztondo al Coronel Vidart.

1838

62. Sotoca, ganada por el General D. Basilio Antonio García.
63. Malagón, ganada por el General D. B. A. García al Brigadier Minusir.
64. Berdejo, ganada por el Conde de Negri al General Latre, siendo éste herido en la acción.
65. Ramales (17 de Junio).
66. Perdón, ganada por el General García al General Alaix.
67. Población, perdida por el General Hoyos.
68. Morella, perdida por el General Oráa.
69. Maella, ganada por Cabrera al General Pardiñas, muriendo éste en la acción.
70. Ontoria del Pinar, ganada por el General Balmaseda al Coronel Mayols.
71. Tuy, ganada por el Brigadier Guibelalde.

1839

72. Manlleu, ganada por los Brigadieres Castells y Segarra al General Carbó.
73. San Pedro de Padullers, ganada por el Coronel Brujó al General Valdes.
74. Carboneras (21 de Agosto).

75. Chulilla, perdida por el Brigadier Ortiz.

1848

76. Aviñó, ganada por el General Tristany.

77. Pasteral, ganada por Cabrera.

78. Derrota del General Paredes.

79. Sorpresa del Brigadier Manzano.

1872

80. Oñate, ganada por el General Ulibarri, al Batallón Cazadores de Mendigorria.

81. Sanahuja, ganada por el General Tristany.

82. Horta, ganada por el General Savalls.

83. Balaguer, ganada por el General Castells al general Gamir, resultando éste herido.

1873.

84. Eraúl, ganada por el General Dorregaray al Coronel Navarro, quedando éste prisionero.

85. Lecumberri, ganada por el General Elío al Brigadier Castañón.

86. Dicastillo, ganada por Carlos VII al General Santa Pau.

87. Cirauqui y Mañeru, ganada por el General Ollo al general Moriones.

88. Montejurra, ganada por Carlos VII al General Moriones.

89. Lamindano, ganada por el General Velasco al General Acosta.

90. Capdevanol, perdida por el General Martínez Campos.

91. San Quirse, ganada por el General Savalls.

92. Alpens, ganada por Don Alfonso y el General Savalls al Brigadier Cabrinety, muriendo éste en la acción.

93. Igualada, ganada por Don Alfonso.

94. Caserras, ganada por Don Alfonso.

95. Berga, ganada por Don Alfonso.

96. Oristá, ganada por los catalanes.

97. Prades, ganada por el General Tristany al Coronel Maturana, muriendo éste en la acción.

98. Játiva, ganada por el Brigadier Cucala.

99. Bañolas, ganada por el Brigadier Auguet.

1874.

100. Portugaleta, ganada por el General Dorregaray.

101. Cantavieja, ganada por el Coronel Lacambra al General Despujols.

102. Ontón, ganada por el General Andéchaga.

103. Somorrostro, ganada por el General Ollo al General Moriones.

104. San Pedro Abanto, ganada por Carlos VII al General Serrano, Presidente de la República, resultando heridos los Generales Topete, Loma y Primo de Rivera.

105. Monte Muru, ganada por el General Dorregaray

al General Marqués del Duero, muriendo éste en la acción.

106. Vich, ganada por el General Tristany.

107. Riudellots de la Creu, ganada por el General Savalls al General Pieltain.

108. Castellfullit, ganada por el General Savalls al General Nouvilas, quedando éste prisionero.

109. Castellón de Ampurias, ganada por el General Savalls al Brigadier Moya, quedando éste prisionero.

110. Cardona, ganada por el General Tristany al General Weyler.

111. Vinaroz, ganada por el Brigadier Vallés, quedando prisioneros el Brigadier Arín y el Coronel Navarro.

112. Minglanilla, ganada por el General Palacios y los Brigadieres Santés y Cucala al General Calleja.

113. Cuenca, ganada por Don Alfonso al Brigadier La Iglesia, quedando éste prisionero.

114. Villafranca del Cid, ganada por el General Velasco al General Despujols.

115. Biurrún, ganada por el General Pérula.

116. Monte San Juan, ganada por el General Mendiry.

117. Urnieta, ganada por los Generales Mogrovejo y Egaña al General Loma, resultando herido éste en la acción, así como el primero de los citados jefes carlistas.

118. Santa Marina, ganada por el Brigadier Ormaeche.

1875.

118. Lácar ganada por Carlos VII á Alfonso XII.

120. Ventolá, ganada por el General Savalls.

121. La Cenia, ganada por el Brigadier Álvarez al Brigadier Morales.

122. Alcora, ganada por el General Dorregaray al General Montenegro.

123. San Salvador de Breda, ganada por el General Savalls y los Brigadieres Alvarez y Adelantado al General Weyler.

124. Agramunt, ganada por el General Castells al Coronel Enrile.

125. Espinalvet, ganada por el General Castells.

126. Indamendi, ganada por el Brigadier Egaña.

127. Arbolancha, ganada por el General Berriz al General Salamanca.

128. Choritoquieta, ganada por el Brigadier don Eusebio Rodríguez al General Trillo.

129. Navinés, ganada por el General Castells.

130. Defensa de las costas (24 Mayo). Retirada de la Escuadra, muriendo su jefe el Brigadier Barcáiztegui.

131. Villaverde de Trucios, ganada por el General Carasa al General Villegas.

132. Mercadillo y Carrasquedo, ganada por el General Carasa al Brigadier Muriel.

133. Lumbier, ganada por el General Pérula.

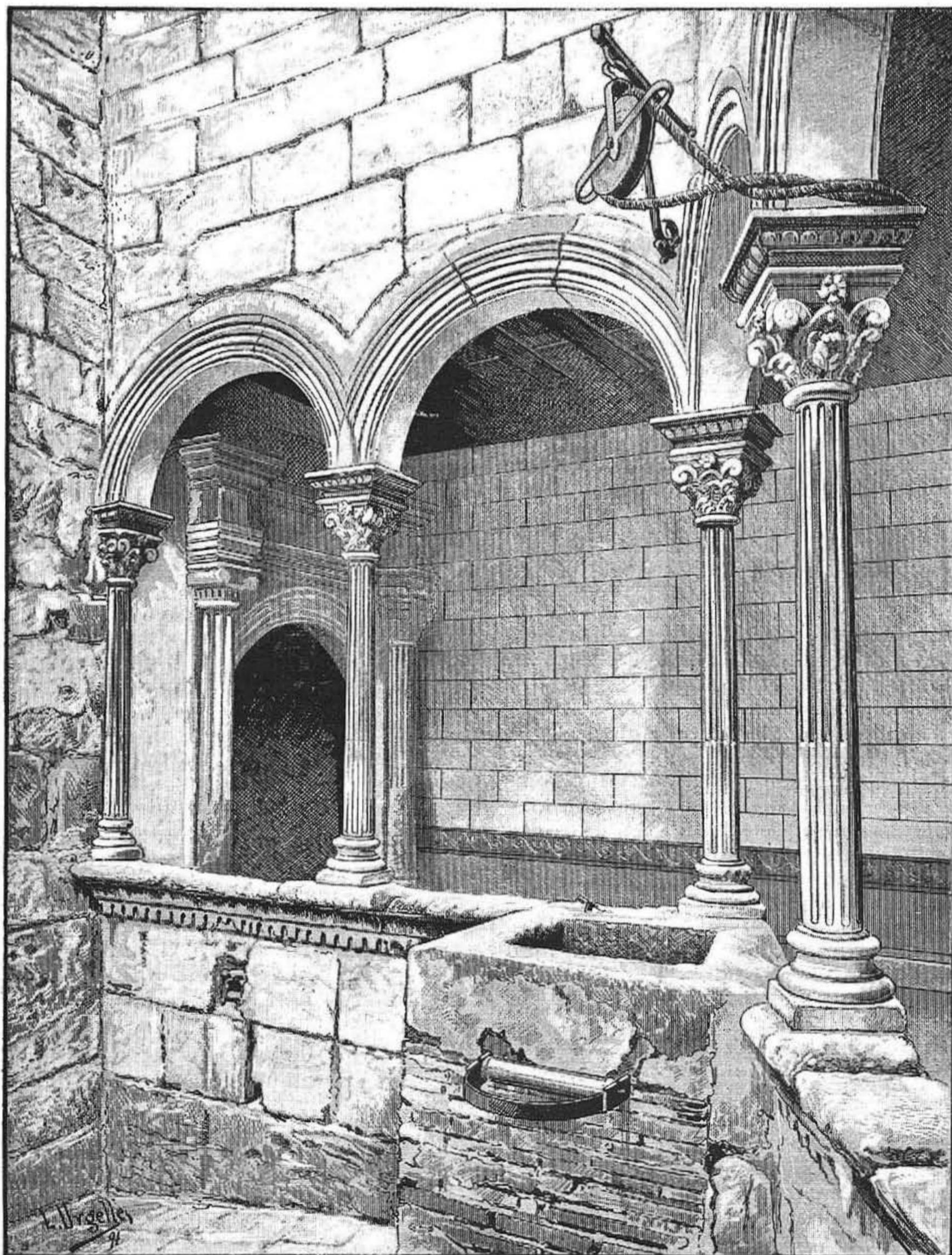


Acción de Oristá (Cataluña).—Toma de un cañón por los ginetes carlistas.

1876.

134. Mendizorrotz, ganada por el Brigadier Rodríguez de Vera al General Morales de los Ríos.

Como se ve, en esta relación nos hemos limitado á recordar los más de los combates de importancia que han sido favorables á las armas carlistas; pero no todos, porque en estos días no tenemos á mano libros



Galería de entrada del castillo de Montserrat.

de consulta, y por lo tanto siempre habremos cometido algunas omisiones involuntarias; sin embargo, a pesar de éstas, creemos que la anterior relación habla con más elocuencia que cuantos razonamientos pudiéramos

aquí exponer, aunque al formarla hemos prescindido desde luego de infinitos hechos de armas que aunque no costaron tanta sangre, no fueron menos gloriosos; tampoco nos hemos ocupado en mencionar

la entrada en pueblos y ciudades cuyas guarniciones quedaban prisioneras ó desarmadas, sobre todo si las defendía la célebre Milicia Nacional, de la cual decía con sobrada razón el inolvidable General Olo, que dicha fuerza constituía el gran parque de los carlistas.

También hemos prescindido de la triunfal entrada de nuestras tropas en capitales de provincia, tales como Oviedo, León, Albacete, Cuenca, Huesca, Segovia, Valladolid, Córdoba y otras que no recordamos en este instante, así como en infinidad de poblaciones de no menor importancia y cuya ocupación constituía también un triunfo, bien desde el punto de vista moral y material, bien desde el estratégico.

Tampoco, en fin, hemos consignado aquellas expediciones, suficientes por sí solas para acreditar de expertos capitanes á los Generales don Vicente González Moreno que dirigiendo la expedición real llegó hasta las puertas de Madrid donde no entró por causa de ciertos manejos políticos (1): don Basilio Antonio García, que con sólo dos batallones y 100 caballos llegó hasta alarmar la corte de La Granja: don Juan Antonio Zaratiegui, que con seis batallones y dos escuadrones se paseó dos meses por Castilla: el Brigadier Batanero que con 200 infantes y 50 caballos llegó á dos jornadas de Madrid: el malogrado Coronel Lozano, cuyos hechos están demasiado recientes para que necesitemos ni mencionarlos siquiera: y, sobre todo, el invicto General don Miguel Gómez que salió de las Vascongadas con cuatro batallones, dos escuadrones y otras tantas piezas de artillería para volver allá con 4.000 infantes, 700 caballos y un riquísimo botín en dinero, pertrechos y efectos de todas clases, después de recorrer por espacio de cinco meses toda la Península, sembrando el terror hasta en Madrid, promoviendo importantes cambios políticos en las regiones del Gobierno liberal y el descrédito de los Generales que le perseguían con fuerzas considerables, hartos superiores en número y elementos de combate.

En cuanto á los cañones cogidos á los liberales en la pasada guerra, he aquí la relación de los que recordamos:

Acción de Eraül.	1
Fuerte del túnel de Lizárraga.	1
Acción de Lecumberri.	1
Rendición de Portugaleta.	2
Fuerte del Desierto.	2
Acción de Alpens.	2
Acción de Casserras.	1
Acción de Oristá.	1
Acción de Prades.	1
Asalto de Vich.	2
Fuerte de Axpe.	2
Entrada en Manresa.	1

(1) Entre las obras que hacen relación á estos manejos políticos, á los que parece que no fué extraña D.^a María Cristina, recordamos *La historia de la primera guerra civil* por Pirala y *Mis memorias íntimas*, por el General Córdoba, ambas nada sospechosas, por ser liberales sus autores.

Entrada en Vendrell.	2
Batalla de Castellfullit.	4
Rendición de Olot.	3
Entrada en Blanes.	2
Entrada en Llagostera.	2
Batalla de Castelló de Ampurias.	2
Acción de Cardona.	1
Asalto de Vinaroz.	7
Entrada en Amposta.	3
Asalto de Cuenca.	4
Rendición de La Guardia.	3
Batalla de Lácar.	3
Fuertes de Seo de Urgel.	48

Total, más de cien piezas de artillería de distintos sistemas y calibres, las cuales pasaron al fin á poder de los liberales, es verdad; pero no como se apoderaron de ella los carlistas en Eraül, Lecumberri, Alpens, Casserras, Oristá, Prades, Castellfullit, Castelló de Ampurias, Cardona y Lácar, á pesar del heroísmo de los artilleros liberales al inmortalizar sus nombres el Capitán Temprado y el Teniente Navarro; no en medio del fragor de los combates, que este honor les cupo rara vez en suerte á nuestros adversarios, sino cuando á la terminación de la guerra fueron rindiéndose poco á poco nuestros fuertes, y sobre todo, cuando al llegar la hora de la disolución de nuestros batallones, el patriotismo de nuestros jefes les movió á no destruir sus cañones; ni entregarlos al extranjero, sino dejar que pudiera utilizarlos España (1), mientras emigraba el egregio Carlos VII, pronunciando aquellas sencillas palabras que constituyen toda una epopeya de gloriosas esperanzas.

REYNALDO BREA.

DESDE EL BALCON DE CHURRUCA

En la villa de Motrico
El Rey de Castilla está;
La casa del gran Churruca
Se propone visitar.

Y el Rey, que honra la memoria
Del gran marino inmortal,
Del santo amor de su pueblo
Pruebas recibiendo vá,
Córdoba, Anrich, Carnevali,
Viñalet y algunos más
Yá, con el Rey, de Churruca
Pisan la casa natal.

Desde el balcon favorito
Del héroe de Trafalgar,
Contempla el Rey los espacios,
La ancha llanura del mar.

Cruzando, cerca del puerto,
Tres naves rebeldes ván,
De Churruca el alto muro
Divisan con claridad.

Distinguen, en sus balcones,
Las rojas boinas brillar,

(1) Y así ha sido, cabiéndonos la honra de poder consignar aquí que la artillería carlista de montaña, destinada á Filipinas, ha peleado allí por la fe y el honor de España contra los moros de Mindanao.

Y, á la indefensa Motrico,
Hacen fuego sin piedad.

«—¿Qué dijera el gran Churruca
»Si, á sus Reyes, desleal,
»De aquí, viese á la marina
»Su pueblo bombardear?»

Así exclama el Rey de España;
Y esta respuesta le dá
Un marino.—«¡Más quisiera
No haber visto á Trafalgar!

»Y á vivir, le hubiese muerto
Nuestra ignominia naval,
Como mató á Méndez Núñez
Su deshonra contemplar!»

Y mira el bravo marino
Una lágrima en la faz
Del Rey, correr por su rostro
Y, al fin, la tierra mojar.

—«¡Aun hay marinos en tierra
Con honra y con lealtad!»
Dice el Rey.—«¡Si los leales
Sobre ella deben pisar!

»Si nuestro honor, de los mares,
»El cielo desterró ya,
»Todos, todos los marinos
»Debimos desembarcar!»

Buque extranjero de guerra
Cruza á lo lejos el mar,
Y sentado sobre el puente
Se divisa al Capitán,

¡Que al ver, de aquellos tres buques,
La salvaje indignidad:
Con insultante sonrisa,
Escupe airado á la mar....!

¡Marinos, si las espumas
Veis vuestro buque asaltar,
Las salivas del desprecio
De los honrados serán!

¡Y no encojáis vuestros hombros,
Con indiferencia audaz,
Que, con desprecio, Churruca
Escupe del cielo al mar!

¡Vosotros, los que mirasteis
La lágrima que honró más
Al suelo donde naciera
El héroe de Trafalgar:

Probáis, como el gran Churruca
Y Méndez el inmortal,
¡QUE QUERÉIS HONRA SIN BUQUES;
BUQUES SIN HONRA, JAMÁS!

¡Vosotros sabéis, marinos,
Que, en el sentido moral,
Una lágrima ser puede
Más grande que vuestro mar!

EL CONDE DE GUERNICA.

NUESTROS GRABADOS

Don Carlos Calderón en Montejurra.

(Gran lámina suelta.)

Constituye un glorioso recuerdo de nuestra pasada campaña este precioso cuadro al óleo del notable pintor D. E. Estévan, cuya fotografía nos ha proporcionado nuestro respetable y querido amigo y colaborador el General D. Antonio Brea.

El hecho á que se refiere es el siguiente:

El 17 de Febrero de 1876 se vió atacado el Brigadier Calderón por dos divisiones en la parte de la Solana y una brigada en la de Esquinza; para hacerlas frente sólo contaba con los batallones 1.º y 12.º de Navarra y algunas compañías alavesas; no obstante, sostuvo todo el día un rudo combate en el que hizo 400 bajas al enemigo; aquella noche atacó á éste á la

cabeza de dos compañías, desalojándole de Arellano y haciéndole numerosos prisioneros. Reanudada la acción al día siguiente, vióse el Brigadier Calderón atacado por tres puntos á la vez; pero el Coronel Barón de Sangarrén en unas zanjas, el 1.º de Navarra sobre Monverde y Calderón con el 12.º en el bosque de Arellano, hicieron retroceder cinco veces al enemigo con otras tantas cargas á la bayoneta, hasta que al verse completamente rodeados y abrumados por tantas fuerzas, y fatigada ya la gente de Calderón, mientras que el enemigo era reforzado con ocho batallones al mando del General Tassara, empezaron los carlistas á despeñarse huyendo hacia Estella.

Siguió, á pesar de todo, batiéndose el Brigadier Calderón ordenando otra nueva carga (en la que cayó herido su jefe de Estado Mayor D. Ricardo Suarep) y se retiró ordenadamente al fuerte aprovechando el desorden que acababa de introducir en los batallones liberales. Cesó el fuego, pero rehechos al fin los enemigos al cabo de una hora, se lanzaron por varios puntos sobre el fuerte, defendiéndolo bravamente por espacio de media hora los pocos voluntarios que en él habían quedado, pero viéndose desbordados y acosados por todas partes, se apoderó de ellos el pánico y huyeron hacia Estella, dejando solo con su Ayudante Sr. Henestrosa al Brigadier Calderón, quien, aunque ya había sido herido, no quiso abandonar el fuerte, cayendo éste así, huérfano de defensores en poder de las tropas liberales, al frente de las cuales felicitaron los Generales enemigos Primo de Rivera y Cortijo al Brigadier D. Carlos Calderón, por la heroica defensa que había hecho, devolviéndole la espada, así como á su Ayudante, y dejándoles prisioneros bajo su palabra.

Don Carlos de Borbón premió el brillante comportamiento de Calderón con la faja de Mariscal de campo.

Don Carlos Calderón.

(Pág. 177.)

Su biografía completa la hallarán nuestros lectores en nuestra obra *Album de personajes carlistas*; aquí sólo nos corresponde descubrirnos ante su memoria, pedir á Dios por su alma y condolernos de la irreparable pérdida que con su muerte hemos sufrido, bosquejando á la par sus especiales dotes; pero para esto, nada como transcribir los siguientes párrafos de nuestro querido *Marcos Laguna*, en su *Carta de Venecia*, fecha el 14 del mes próximo pasado:

«El 4 de Noviembre llegaba al Palacio Loredán una sentida y entusiasta carta del General Calderón felicitando á su soberano y deplorando no poder, como en años anteriores, dar á su felicitación la forma más grata, la de su visita personal.
» Cinco días más tarde un lacónico y desgarrador telegrama participaba la muerte de aquel cumplido caballero sin miedo y sin tacha, arrebatado á España y á nuestra causa en toda la plenitud de su activa y exuberante naturaleza.
» Los artículos necrológicos que á Calderón dedican los órganos más importantes de París y de Lóndres, de Roma y de Viena, y los que sin duda de ningún género habrán aparecido á estas fechas en América, apenas el cable haya llevado la infausta nueva allende el Atlántico, son la mejor prueba del eminente lugar que nuestro compatriota y correligionario ocupaba, no ya en España, no ya en Europa, sino en el mundo, debido más todavía que á su nacimiento, más que á su considerable fortuna, á las dotes excepcionales que en él brillaban y que hacían de su persona un carácter, como hoy se dice, ó todo un hombre, como con gráfica expresión hubieran dicho nuestros padres.

«Pocos han tenido ocasiones como nuestro infortunado amigo, de hacer simpático y respetado el nombre español fuera de nuestras fronteras, y pocos se han dedicado á esta tarea con éxito aproximado, pues la nota saliente de su personalidad era el más acendrado patriotismo.

«Este sentimiento puede decirse que fué el que exclusivamente le trajo á nuestro campo y creó entre Carlos VII y él una indestructible intimidad que por igual honra á ambos. «Cosmopolita por su educación y por sus hábitos, pero español rancio por su corazón, tenía la evidencia de que sólo la Monarquía representada por Don Carlos podía, y eso en poquísimos tiempos, sacar á España del lugar secundario á que está relegada y elevarla rápidamente á potencia de primer orden.

«¿Don Carlos podía efectuar ese milagro? Calderón estaba seguro de ello, y esa certeza le bastaba para ofrecer á Don Carlos su vida, sin alambicar ni sus principios ni sus derechos, por más que fuera respetuoso y defensor de los unos y de los otros.

«En el destierro fué Calderón acaso el más asíduo visitante de su Rey proscrito, á quien iba á ver á lo menos una vez cada año, á París, á Londres, á Frohsdorf, á Venecia, á donde quiera que estuviese, causando siempre sus visitas singular regocijo á Don Carlos que estimaba en alto grado todas sus condiciones personales, la nobleza de su carácter afable y abierto, su bravura como soldado, su exquisita cortesía como hombre de mundo, su actividad infatigable como trabajador y su fidelidad á toda prueba como carlista.

«Llérale hoy, no sólo como General, sino como amigo muy querido y probablemente los primeros sufragios que se habrán celebrado por el ilustre difunto, serán los que Don Carlos ordenó en el momento de saber su muerte inesperada, dando la coincidencia providencial de que la primera Misa dicha por su alma en Venecia, se celebró precisamente el día 10, fiesta de San Andrés Avelino, protector de los cristianos en las muertes repentinas.»

La noche antes de su muerte, el General Calderón obsequió, en su casa en París, con regio banquete y recepción á SS. AA. II. el Gran duque y la Gran Duquesa Wladimiro, al Gran Duque Alejo y á los Duques de Leuchtemberg. y á las pocas horas de retirarse á descansar, una angina de pecho acabó en breves instantes con su preciosa existencia.

Los funerales han sido espléndidas manifestaciones de duelo y generales simpatías.

En las exequias de París presidieron el Duque de la Unión de Cuba y el Conde de Adanero, en representación de la familia, el General Mergeliza de Vera, en representación de Don Carlos, y el Sr. Angulo, en representación de la Compañía Transatlántica, de la que era Director así como de los caminos de hierro mejicanos nuestro entendido y bizarro general. Entre la concurrencia, tan numerosa como brillante, figuraron el Gran Duque Wladimiro, los Duques de Leuchtemberg, de Almenara Alta, de Lerma, de Fernán Núñez, de Montellano, de Tamames y de Croig; los Marqueses de la Torrecilla, de la Mina, de la Romana, de Casa-Riera y de Salamanca, los Príncipes Orloff y Troubeskoi; los Condes de Bressón, de Lambertye, de Pradire, de Peralada, de Estrada, de Santovenia y de Torres de Luzón y el barón de Rothschild.

En los funerales de Madrid, la concurrencia fué tan numerosa que no cabía en la extensa nave de la Iglesia de Santa María. Allí estuvieron brillantemente representados todos los partidos políticos, el clero, la aristocracia, la banca, las letras, las artes y las industrias, sin faltar tampoco generales, jefes y oficiales del ejército, algunos de uniforme, y entre ellos el que le hizo prisionero en Montejurra, el General Primo de Rivera,

al lado de nuestro Jefe Delegado el Marqués de Cerralbo, á quien acompañaban D. Pablo Morales y el General Brea (hermano, más que amigo, de Calderón), el Diputado por Tolosa don Benigno Rezusta, los Condes de Balazote y de Casasola, el Sr. Herrero, en representación de *El Correo Español*, é innumerables correligionarios nuestros, entre ellos muchos voluntarios de los batallones guías del Rey y 2.º de Navarra.

Todas las clases sociales, altas y bajas, han rendido el último homenaje de cariño y de respeto al cumplido caballero.

¡Descanse en paz el General Calderón!

El Marqués de Tamarit.—Vista general del castillo de Montserrat y galería de entrada del mismo.

(Págs. 180, 181 y 189.)

Véase el artículo de nuestro colaborador R. B. (pág. 180.)

Don Carlos y su E. M.

(Pág. 184.)

Hé aquí una preciosa fotografía del tiempo de la guerra. En ella figuran Carlos VII, el General Tristany, Jefe del Cuarto militar, el General Iparraguirre, Secretario de campaña, y los oficiales de órdenes: Sres. Orbe, Suelves, Ponce de León y Zubiri.

Don Carlos Calderón y su E. M.

(Pág. 185.)

También esta fotografía es del tiempo de la guerra. A la derecha del inolvidable General aparece sentado el P. Capellán del Batallón 2.º de Navarra, á la izquierda el Jefe de Estado Mayor D. Ricardo Suarez, y detrás los Ayudantes de Campo: el de la izquierda es el Sr. Zaforteza, de una de las más distinguidas familias de Baleares, y el de la derecha es el señor Henestrosa, hijo del noble caballero D. Diego, hermano segundo del Excmo. Sr. Marqués de Villadarias. Estos tres últimos también han pasado ya á mejor vida.

Acción de Oristá, toma de un cañón por los ginetes carlistas.

(Pág. 188.)

Este dibujo nos recuerda uno de los muchos heroicos episodios á que se refiere nuestro querido colaborador D. Reynaldo Brea en su artículo *Notas históricas*, pues en la acción citada quedó destrozado el Regimiento de infantería de Saboya por nuestras fuerzas, que además se apoderaron de un cañón de montaña.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año. 7'50 pesetas.

6 meses. 4 »

Extranjero y Ultramar: 1 año. 12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en libranzas del Giro Mutuo, en letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista*, de *Lo Crit d' Espanya* y de *La Carcajada*.